

Distinción social y franquismo: la dicotomía “vencedor/vencido”

Fernando Ampudia de Haro
Universidade Nova de Lisboa

El 27 de Enero de 1942, Francisco Franco pronuncia un discurso en el Ayuntamiento de Barcelona. En un momento del mismo y evocando la guerra de la que saldría victorioso, dirige a su audiencia las siguientes palabras:

“[...] los inmensos sacrificios de España, la generosidad sin límites de las madres y de las juventudes se hacían por algo grande y trascendental; no se hacían para volver de nuevo a la España decadente, a la España pobre, a la España rompiéndose en pedazos [...] cuando se sacrifica tanto y se pone todo el afán que nosotros ponemos, no puede discutirse, no puede sembrarse nubes; porque de las disensiones nacen los partidos, y de éstos las partidas; y porque esa España vencida es una España perdida” (Molinero, 2005: 56).

Esas últimas palabras, aquellas que hablan de una “España vencida y perdida”, van a ser empleadas por el régimen para introducir y desarrollar un nuevo tipo de distinción social fundamentada en el resultado final de la contienda librada entre 1936 y 1939. Me refiero, obviamente, a la distinción ‘vencedor/vencido’. El objetivo de estas páginas es analizar el modelo de relaciones sociales que se establece con arreglo a dicha dicotomía y su influencia en la configuración del comportamiento y las emociones de los españoles de la época.¹ Así, será tomada como referencia teórica principal la aportación de Norbert Elias acerca de las dinámicas de interacción entre grupos sociales establecidos y marginados (Elias, 1994, 2003). El autor efectúa una interesante contribución al análisis grupal de tensiones sociales en torno a recursos económicos, políticos, culturales o ideológicos de los que depende la asignación de estatus. Este conjunto de tensiones incluye, además, juicios de valor acerca del grupo de pertenencia y acerca de los grupos ajenos conectados con el grado de distancia social y las diferencias de poder existentes entre esos mismos grupos. De esta manera, cambios en esa distancia y en las oportunidades de poder provocarán una mayor o menor radicalización de aquellos juicios, ligados a sentimientos de superioridad e inferioridad experimentados individualmente por el hecho de pertenecer a tal o cual grupo. Así pues, lo que se pretende es una aproximación a la distinción ‘vencedor/vencido’ de acuerdo con las posibilidades que ofrece este modelo teórico.²

Para ello, se reconstruye de forma sucinta el ideal civilizatorio franquista; ideal materializado en el discurso y la retórica oficiales del régimen y suscrito en mayor o menor medida por su base social de apoyo (Sección 1). De acuerdo con la lógica de este ideal, se desarrolla una distinción entre ‘vencedor’ y ‘vencido’ objetivada en la vida social y con capacidad para moldear prácticas y actitudes individuales (Sección 2). Desde aquí, se examinan las dinámicas e interrelaciones entre los dos grupos tomando en consideración la imagen inter-grupal y los posibles efectos de ésta en el comportamiento y la emocionalidad personales (Sección 3). Por último, se

¹ Este trabajo es parte de un proyecto de investigación post-doctoral titulado *El hombre civilizado en España y Portugal: modelos de comportamiento y afectividad en las dictaduras franquista y salazarista* (Ref.: SFRH/BPD/26210/2005) financiado por la Fundação para a Ciência e a Tecnologia (Ministério da Ciência, Tecnologia e Ensino Superior, Portugal).

² Otras aplicaciones de este enfoque teórico a otros ámbitos de estudio –relaciones entre instituciones científicas, relaciones padres-hijos, relaciones de género o relaciones étnico-raciales– pueden verse en Elias (1997), Dunning (1977, 2003), Treibel (2001) y Wacquant (2004).

realiza una breve reflexión sobre las limitaciones que en términos de capacidades civilizadas genera la diferenciación entre ‘vencedores’ y ‘vencidos’ (Sección 4).

1. Habla el Estado: civilización y barbarie

La institucionalización del Estado surgido de la guerra no exige tan sólo la planificación de un nuevo orden jurídico. También precisa una modalidad de discurso preparado para alcanzar mentes y cuerpos; un discurso que llegue a la sociedad a través de la escuela, los medios de comunicación, la propaganda, las ceremonias públicas, los símbolos y las organizaciones de encuadramiento para la juventud, las mujeres y los trabajadores.³ Este discurso porta un ideal civilizatorio que incluye un arquetipo de sociedad que expresa la autoconciencia del régimen y sus bases sociales. El Nuevo Estado se constituye como defensor de la ‘civilización cristiana’. Nace de un conflicto entendido como ‘Cruzada’ gracias a la legitimación que de él realiza la Iglesia y se vincula a una noción de la guerra como instrumento imprescindible para la defensa de cuanto es verdaderamente humano y civilizado. Los principios básicos de esa ‘civilización cristiana’ son tres:

a) Jerarquía. La sociedad se halla naturalmente jerarquizada y, conforme a esto, existe una élite rectora que la dirige y cuya autoridad es incuestionable. Las diferentes partes que forman el conjunto social desempeñan sus correspondientes funciones, aceptando la desigualdad de posiciones compensada por un sentido del deber que produce beneficios sociales globales. Esta aceptación elimina la posibilidad de divergencia así como el consiguiente riesgo de conflicto dando origen a una sociedad armónica y equilibrada.

b) Orden. Existe porque todos los niveles de la sociedad cumplen con sus obligaciones en nombre de la unidad. Una sociedad unitaria y ordenada es una sociedad en la que no existe la división, ni razones para la presencia de partidos políticos. Tampoco hay cabida para el parlamentarismo o para el reconocimiento de libertades civiles relativas a la libre expresión, reunión o asociación. La unidad protege frente a la heterodoxia liberal, marxista e ilustrada que alimenta el conflicto y la fragmentación.

c) Fe. El español es católico y el catolicismo encuentra en el español su plena personificación. La fe católica es consubstancial al carácter nacional: no es una característica añadida sino el núcleo de la identidad. En su vertiente defensiva, el catolicismo hispano se identifica con la protección de la fe y la lucha contra la herejía protestante. En su vertiente ofensiva, se asocia con la vocación ético-misionera que condujo a España a propagar el credo cristiano por el mundo.

El ideal civilizatorio del Nuevo Estado antepone la autoridad a la libertad como método para el control de la voluntad, defiende la estabilidad como un valor en sí mismo, se resiste al cambio en virtud de la solidez de las jerarquías y postula una visión providencial de la nación. Y todo esto, definido en términos de verdad absoluta, innegociable e irrefutable. Esta verdad demanda adhesión incondicional que se procura mediante un sistema común de socialización o en función de un conjunto de castigos y coacciones. El ideal civilizatorio del franquismo se adscribe a una lógica disciplinario-sancionadora que niega el potencial autogobierno individual y que enfatiza la necesidad de tutela para un ser humano incapaz de asumir el resultado último de sus acciones.

Dicho ideal reconoce también aquello que nunca formará parte de sus contenidos asimilándolo a la ‘barbarie’. El ‘bárbaro’ es quien viola los patrones establecidos por la ‘civilización cristiana’: antes y durante la guerra, los que asaltaron propiedades, quemaron iglesias, asesinaron curas y monjas, profanaron templos, negaron a Dios y a España; es el socialista, el ateo, el laico, el comunista, el anarquista o el masón. El ‘bárbaro’ es el ‘no-español’, el moralmente degenerado; es, en resumidas cuentas, quien no pertenece a la comunidad civilizada resultando por ello excluido de las más elementales reglas que regulan la interacción social y la convivencia ciudadana. Por este motivo, el ‘bárbaro’, aunque viva dentro de las propias fronteras nacionales, es considerado una suerte de extranjero una vez que resultó seducido por productos intelectuales ajenos a la autenticidad española. La guerra y el Nuevo Estado traen consigo el triunfo de la ‘civilización’ frente a la ‘barbarie’ y la inevitable conversión del ‘bárbaro’ en ese ‘enemigo interior’ que debe ser

³ Para una reconstrucción de este discurso son de utilidad Cámara Villar (1984), Tuñón de Lara (1992) y Lleixá (1992).

constantemente vigilado. Con arreglo a este discurso, la contraposición ‘civilización/barbarie’ se concreta en un nuevo tipo de distinción social, la que diferencia al ‘vencedor’ del ‘vencido’; una dicotomía esencial para acercarse a la vida social de los primeros veinte años del franquismo (Ortiz Heras, 2006:182).

2. Elementos para una distinción

La distinción social establecida entre ‘vencedores’ y ‘vencidos’ es un tipo de diferenciación simbólico-discursiva materializada en un conjunto de prácticas con capacidad para influir en la conducta y las emociones individuales. El final de la guerra y la victoria del bando “nacional” otorgan a los ‘vencedores’ mayores oportunidades de poder para imponer una visión de sí mismos como individuos superiores y una concepción del ‘vencido’ como ser inferior. Al respecto, la exclusión y estigmatización de los ‘vencidos’ contribuyen a la preservación de la identidad del ‘vencedor’ y son susceptibles de generar cohesión grupal consolidando una imagen social negativa del ‘vencido’ (Elias, 2003:223). Empero, ¿cómo se articula esta distinción y qué elementos se emplean?

En primer lugar, la atención ha de centrarse en las leyes. Es el aparato legal estatal quien sustenta y promueve la distinción entre ganadores y perdedores. La Ley de Responsabilidades Políticas – promulgada el 9 de Febrero de 1939, aplicada retroactivamente y en vigor hasta el 10 de Octubre de 1966- dice en su artículo primero:

“Se declara la responsabilidad política de las personas, tanto jurídicas como físicas, que desde el 1 de Octubre de 1934 y antes de Julio de 1936 contribuyeron a crear o agravar la subversión de todo orden de que se hizo víctima España y de aquellas otras que a partir de la segunda de dichas fechas se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o pasividad grave” (Villaroya y Solé, 1986:62)

Una formulación legal de esta naturaleza incluye, directa o indirectamente, a todos los ‘vencidos’: los que no colaboraron por acción u omisión, los afiliados a partidos políticos republicanos y de izquierda, los miembros de sindicatos, los que participaron en elecciones o gobiernos en tiempos de la República y, en general, aquellos que tuvieran una actuación que pudiese ser interpretada en clave subversiva y, por ello, justificadora de la insurrección militar “nacional”. De este modo, un importante contingente de población tuvo que responder por sus actos o por la actuación de familiares muertos, exiliados o desaparecidos (Ortiz Heras, 2004). El 25 de Agosto de 1939 una nueva ley establece que el 80% de las plazas libres en la administración central, provincial o local se reserven a “caballeros mutilados”, oficiales de complemento, ex-combatientes, ex-cautivos y huérfanos de guerra del bando ganador. Unos meses antes, el 10 de Febrero de 1939, se pone en marcha la normativa que regula la depuración de funcionarios públicos. Más tarde, el 26 de Abril de 1940, se abre la “Causa general informativa de los hechos delictivos y otros aspectos de la vida en la zona roja desde el 18 de Julio de 1936 hasta la liberación”, procedimiento legal que pone de manifiesto, según el régimen, la intrínseca inmoralidad y deshumanización del bando perdedor. En síntesis, puede hablarse de una legislación de recompensas para todos aquellos que apoyaron el bando “nacional” en forma de privilegios económicos, empleos, concesiones estatales y reconocimiento social (Sevillano Calero, 2003).

En segundo lugar, es necesario referirse al discurso médico-psiquiátrico que, valiéndose de argumentos científicos y morales, incide en esa distinción ‘vencedor/vencido’ (Jiménez Lucena, 1998; Huertas, 1998 y González Duro, 2003). Partiendo de una noción de ‘raza española’ de cariz espiritual y plena de sobrenaturalismo religioso, se entiende que las fallas del espíritu son las responsables de los desórdenes psíquicos. Cuando la fe católica no ocupa una posición preeminente en la existencia individual, tal carencia se somatiza en forma de alteración mental. La ciencia, y concretamente la psiquiatría, van a ponerse al servicio de los “valores eternos de la civilización cristiana”; será, pues, un vehículo de moralización para reparar los daños provocados por la falta de convicción religiosa, de virtudes cristianas y de patriotismo de los ‘vencidos’. Una extensa literatura psiquiátrica va a ocuparse de la caracterización específica del ‘vencido’ como individuo psíquicamente preso del “fanatismo marxista”. Dicho fanatismo desencadena la animalidad del comportamiento: crímenes y costumbres desordenadas en los que no es reconocida la centralidad

moral del catolicismo. Sin embargo, bajo la etiqueta de “marxismo”, se incluyen, por añadidura, los males de la democracia como sistema que enfatiza las más bajas pasiones humanas frente a los valores de la “civilización cristiana”. Según el discurso psiquiátrico de los ‘vencedores’, las simplicidades marxistas y democráticas se manifiestan, principalmente, en personas inferiores y deficientes mentales; en aquellos carentes de inteligencia, en los de temperamento degenerado, en los sugestionables y gregarios incapaces de poner límites a sus sentidos. La combinación de elementos bio-psíquicos –tendencias congénitas psicopáticas y corrupción del carácter- y sociales –resentimiento social y captación propagandística- explicarían, ora la inmoralidad del ‘vencido’, ora su natural depravación. Fijada de semejante manera la definición científica de la idiosincrasia del ‘vencido’, se está en condiciones de justificar políticas orientadas a la exclusión, segregación y aislamiento de los perdedores.

En tercer y último lugar, deben constatarse cuantos mecanismos niegan y dificultan la integración social y el desarrollo normalizado de la actividad cotidiana personal (Mir, 2004). Fueron anulados contratos, ventas, sucesiones, grados académicos, matrimonios y divorcios efectuados de acuerdo con la legalidad republicana. El dinero emitido por la República dejó de tener valor y numerosas familias perdieron sus recursos económicos. Se confiscaron bienes de los derrotados, hubo depuraciones en empresas y organismos públicos con sanciones, suspensiones y pérdidas de empleo. También se exigieron certificados de “buena conducta” y de “conformidad ideológica”. Fueron creados procedimientos administrativos para denunciar a los sospechosos de subversión u oposición al régimen. La denuncia se apoyó en la adhesión del denunciante al nuevo orden, en el miedo a las represalias por el hecho de incumplir un deber considerado oficialmente como “propio de los buenos españoles”, en las oportunidades de promoción social que ofrecía la eliminación de competidores y en las perspectivas de integración favorable en el aparato estatal. No debe pasarse por alto que muchas de estas denuncias se vieron favorecidas por la familiaridad y conocimiento mutuo entre ‘vencedores’ y ‘vencidos’: en barrios, pueblos y aldeas eran públicas –o sospechadas- las preferencias ideológicas de los individuos. Toda una red de personas ligadas por sentimientos de pertenencia, conveniencia, amistad o parentesco con el bando ganador y compuesto por hijos y viudas de combatientes “nacionales”, autoridades locales, víctimas de la represión republicana, sacerdotes y guardia civil va a erigirse también como agente del orden de posguerra.

3. Dinámicas sociales entre vencedores y vencidos

Tras la guerra, la sociedad española sufre un proceso de re-estructuración que, en lo que aquí interesa, se desarrolla en paralelo a un nuevo equilibrio de poder favorable al ‘vencedor’. Aumenta la distancia social en relación a los ‘vencidos’, simbólicamente situados en condiciones de degradación e inferioridad forzadas. La superioridad de los ‘vencedores’ les otorga posibilidades preferentes a la hora de conceptualizar la imagen del ‘vencido’ en términos de estigmatización. Simultáneamente, construyen una visión de sí mismos como colectivo cualitativamente superior. Por eso, los ‘vencidos’ serán los “rojos”, la “escoria”, el “populacho” o la “chusma”; los auténticos “bárbaros” e incivilizados. Esta imagen de los ‘vencidos’ se construye merced a una atribución de características que define el todo según una de sus partes. En esta distorsión *pars pro toto* las características de los ‘vencidos’ son, de hecho, una generalización de aquellas que corresponden a su minoría anómica, es decir, a aquellos subgrupos dentro de los ‘vencidos’ que merecen la peor calificación (Elias, 2003:223). Así, la identidad individual del ‘vencido’ es determinada, con mayor o menor intensidad, por su pertenencia grupal: las atribuciones sobre su carácter no dependerán tanto de su especificidad individual como de las características que se adjudican a su grupo. El ‘vencido’ es visto, personal y colectivamente, como un ser anómico y de esta condición deriva la necesidad de regular, controlar y seleccionar sus interacciones. Existe, pues, el riesgo de infección anómica para el ‘vencedor’ en su contacto con el ‘vencido’, circunstancia que disminuye el prestigio social del primero y pone en peligro las oportunidades económicas, políticas y de estatus que le son ofrecidas en el nuevo orden social (Elias, 2003:227). La estigmatización y exclusión de los ‘vencidos’ cumple una doble función. Por un lado, reafirma la cohesión de los ‘vencedores’ y ratifica sus concepciones, mentalidades e ideologías; cohesión que a su vez, permite les sean reservadas a sus miembros las posiciones sociales con mayores oportunidades de poder. Por otro, debilita a los ‘vencidos’, niega e impide la solidaridad y devalúa su imagen.

La pertenencia a uno u otro grupo se relaciona con determinadas experiencias emocionales, actitudes y sentimientos: en otras palabras, la distinción social ‘vencedor/vencido’ posee su propia traducción en la psique individual. En el caso del ‘vencedor’, como individuo participa de la superioridad simbólica de su grupo conectada con una autodefinición individual que lo convierte en un ser cualitativamente mejor en comparación con el ‘vencido’. La cohesión de los ‘vencedores’ genera una imagen de colectividad triunfante como fuente de identidad personal. Al tiempo, esta imagen de colectividad triunfante se vincula a un ideal de comunidad nacional que se retrotrae al tiempo de la monarquía universal cristiana de los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II, al imperio colonial, a la unidad católica, a la lucha contra la herejía, a la conquista de Ultramar y al dominio de Europa. En efecto, el ‘vencedor’ puede sentirse parte de una gloriosa tradición nacional reformulada y reactualizada a raíz de la victoria. Los ‘vencedores’ proyectan esta imagen que simultáneamente el individuo asume como elemento constitutivo de su identidad: éste queda investido de un carisma grupal como recompensa por ajustarse a los modelos de conducta y emocionalidad que los ‘vencedores’ sancionan como correctos (Elias, 2003:227). En el caso del ‘vencido’, la exclusión y la estigmatización provocan vergüenza y miedo, elementos que garantizan su ajuste a los patrones de comportamiento impuestos por los ‘vencedores’. Oficialmente, se le niega la superación de las pérdidas materiales y emocionales -lo que le obliga a la represión y no-verbalización de sus recuerdos-, es amenazada su sensación de integridad personal, sufre inseguridad ante la represión física y ve acentuarse el nivel de imprevisibilidad vital (Bernal, 1993:153). Miedo y vergüenza caminan juntos en un clima social poblado de sospecha, vigilancia, incertidumbre y desconfianza. En consecuencia, puede hablarse de un tipo de conducta y afectividad heterocontrolados mediante el riesgo y la amenaza de degradación social que pesa sobre el ‘vencido’.

Con todo, la imagen de la sociedad española no es la imagen de dos colectivos asepticamente separados entre los cuales la segregación de los ‘vencidos’ anula la posibilidad de contactos e interacciones. Tal segregación ni fue ni podía haber sido absoluta determinando una situación, si me es permitida la expresión, de aislamiento perfecto. Existe una relación de interdependencia entre sendos grupos en la que la que el balance de poder se inclina del lado del ‘vencedor’. La sumisión del ‘vencido’ va a permitir que sea utilizado en la reconstrucción material del país reparando infraestructuras o construyendo otras nuevas con arreglo a un concepto general de redención de penas y culpas a través del trabajo. Los ‘vencidos’ también serán empleados como mano de obra barata, en muchas ocasiones con condiciones próximas a la esclavitud, expuestos a la arbitrariedad de los ‘vencedores’ en cuestiones salariales y con limitaciones evidentes en sus teóricos derechos laborales. La presencia del ‘vencido’, más allá de los réditos materiales que genere, es absolutamente necesaria en última instancia para que el ‘vencedor’ pueda enfatizar su superioridad moral, la verdad de sus argumentos, el orgullo, el carisma y la satisfacción de saberse situado en el lado correcto de la Historia.

4. Um déficit de capacidades civilizadas

Una vez finalizada la guerra y durante la larga posguerra, el Nuevo Estado consigue estabilizar su monopolio efectivo sobre la violencia. No obstante, la estabilidad no implica una pacificación real y efectiva del espacio social. Y no existe tal pacificación por un motivo fundamental: El Nuevo Estado exhibió una pauta de actuación esencialmente “discivilizada”. El concepto de “dis-civilización”, acuñado por Swann (2003), remite a la violencia de origen y responsabilidad estatales presente en la vida social. Aquí el Estado, a la vez que mantiene intacto su monopolio sobre la fuerza, aplica niveles variables de violencia sobre grupos concretos a fin de lograr un nivel de integración social que, necesariamente, pasa por la eliminación o el confinamiento en los márgenes de la sociedad de tales grupos. En consecuencia, el Nuevo Estado es en España el agente “dis-civilizador” por excelencia. En primer lugar, porque aplica de forma sistemática y organizada dosis de violencia represiva sobre la categoría de los ‘vencidos’ y define a éstos como receptores aptos y apropiados de dicha violencia. Y en segundo lugar, porque el Estado fomenta de modo intencional la des-identificación social. Esta des-identificación remite a los diversos procedimientos de diferenciación y dinámicas sociales que aquí se han glosado que generan actitudes y conductas que niegan la integración de grupos específicos con base en el

cuestionamiento y/o negación de aquellos caracteres que los definen como seres humanos (Swann, 1997). A la postre, esta des-identificación es la que reduce el nivel de cohesión social general y prolonga la fractura provocada por la guerra. Por tanto, que la violencia bélica desapareciese con el fin de las hostilidades no significó que la violencia represiva y simbólica cesase. No en vano, el poder estatal no dejó de recordar a través de ceremonias, homenajes, monumentos, festividades, días señalados en el calendario civil, la enseñanza, la propaganda o los medios de comunicación que su legitimidad nacía de la victoria.

Según Norbert Elias, una conducta y emocionalidad civilizadas son aquellas en las que el individuo desarrolla un aparato de autocontrol gobernado por la psicologización y la racionalización (Elias, 1987:482-499). Con el concepto de psicologización se refiere a la progresiva consideración de las consecuencias de las acciones individuales sobre los otros. Esta consideración se explica por que la interdependencia social, la reducción de las diferencias de poder entre grupos y el incremento del número de interacciones conducen a un ajuste del comportamiento y de las emociones individuales que se extienden a un número creciente de vínculos y contactos, aumentando la identificación entre individuos que son conscientes de pertenecer a una misma unidad social. Con la noción de racionalización designa un tipo de conciencia no determinada por impulsos, liberada de implicaciones emocionales e irracionales y afirmadora de la razón como medio de comprender el entorno. Psicologización y racionalización como facultades de un comportamiento y emocionalidad civilizados presentan dificultades en su concreción en el contexto que se viene abordando. En la posguerra española, la sociedad vio reducido su nivel de complejidad: hubo un vacío demográfico, miseria, hambre, racionamiento, pérdidas considerables en el tejido industrial y comercial, una re-agrarización de la economía, la desconexión entre el mundo rural y el mundo urbano y una simplificación de la división social del trabajo. En general, se constata un descenso notable de los niveles de interdependencia social amén del conjunto de dinámicas de des-identificación entre ‘vencedores’ y ‘vencidos’ relacionadas con las diferencias de poder entre ambos grupos. Cuando el ‘vencido’ es definido como un inferior no existe presión social sobre los ‘vencedores’ para que éstos sean capaces de considerar las consecuencias de sus acciones sobre los que no pertenecen a su grupo. Y al no existir tal presión, se abre la posibilidad de que el ‘vencedor’ actúe sin restricciones frente al ‘vencido’. Esto es, de cara al ‘vencido’, son toleradas conductas y actitudes que el ‘vencedor’ no se permitiría en otros ámbitos y con otras personas que no perteneciesen a la categoría de los derrotados en la guerra. La degradación social de los ‘vencidos’ posibilita que una serie de impulsos relacionados con la venganza, el chantaje, la agresividad, la humillación o el escarnio sean aplicados sobre ellos por los ‘vencedores’. No existe, pues, una evidente capacidad para limitar y autocontrolar este abanico de impulsos ya que para el ‘vencedor’ resultan socialmente admisibles y por ende aplicables a una categoría expresa de individuos, los ‘vencidos’. La capacidad de racionalización tampoco corre mejor suerte: la implicación personal que alimenta la guerra, la adhesión afectiva a los bandos enfrentados y la inseguridad emocional ante el futuro van a resolverse en muchas ocasiones a través de medios y símbolos que relegan a la razón a un plano secundario. Así, fue frecuente que se apelase a mitos y fantasías colectivas, soluciones espirituales, remedios providenciales y explicaciones manifiestamente esotéricas: la guerra vista como reedición de la Reconquista y la expulsión de los infieles, la intervención de los santos en los combates, la ayuda ofrecida por la Virgen al bando nacional y su manto impidiendo la explosión de dos bombas en la Basílica del Pilar, el modelo de San Ignacio como santidad militar o la publicitada sobrenaturalidad del propio Caudillo son ejemplo de ello (Febo, 2004). Es constatable, pues, un déficit de capacidades civilizadas.

La vida social, fundamentalmente para los ‘vencidos’, se torna imprevisible y repleta de ansiedad: su integridad física, moral y social no está asegurada y puede ser amenazada o suprimida de acuerdo con el criterio de los ‘vencedores’. La presión coactiva del ‘vencedor’ lleva a la reclusión del ‘vencido’ en el ámbito doméstico obligándolo a un privatismo forzoso desde el mismo momento en que la esfera pública es monopolizada por los ‘vencedores’ (Sevillano Calero, 2000:35-38). A estos les corresponde el reconocimiento del sacrificio durante la guerra, la estimación social, las ventajas económicas y laborales y, globalmente, una serie de oportunidades que se le niegan al ‘vencido’. La dicotomía ‘vencedor/vencido’ muestra que, si por un lado, la iniciativa del Estado persigue la eliminación, represión o neutralización del ‘vencido’, por otro, cuenta en su iniciativa con el apoyo de una base social para quien las medidas contra los ‘vencidos’ son legítimas y que,

por tanto, presta colaboración al Estado en su ejecución. Ello conduce a abandonar cualquier imagen simplificadora del régimen como minoría dirigente que domina sobre una mayoría callada y permite comprender que existe en la sociedad civil un bloque, los ‘vencedores’, que en diferente grado e intensidad también se hizo responsable de la eliminación, represión y neutralización del ‘vencido’.

Conclusión

El modelo teórico eliasiano basado en la dicotomía establecido/marginado puede ser de utilidad para la explicación de relaciones sociales en aquellas situaciones en las que existen tensiones inter-grupales motivadas por la disputa en torno a oportunidades de poder. En este caso concreto, se ha aplicado a la sociedad española de posguerra para indagar en la dicotomía ‘vencedor/vencido’. La guerra redujo ostensiblemente los niveles de integración y cohesión social no siendo fácilmente recuperables al existir esa distinción entre ‘vencedor’ y ‘vencido’. Tal distinción se traduce en el discurso e iniciativas del Nuevo Estado apoyado por su base social, que harían de la idea de la victoria el argumento para legitimar la exclusión y degradación social de los ‘vencidos’. La des-identificación entre los dos grupos explica que una sociedad deficitaria en capacidades civilizadas estuviese dominada por sentimientos de superioridad, inferioridad, orgullo, vergüenza, dominación o miedo. Cristalizan mentalidades, actitudes y conductas de confrontación y polarización en las cuales la pertenencia a uno de los dos grupos influye sobre manera en la determinación de la identidad individual de los españoles (Ortiz Heras, 2006; Cuesta Bustillo, 2007). Mientras la victoria en la guerra fue el argumento que legitimaba la exclusión de una parte de la población, no era posible hablar de una sociedad integrada. Dicho argumento va a ser empleado por el Estado y su base social de apoyo de manera activa hasta los años sesenta. Los patrones civilizados de comportamiento y emocionalidad, fundamentados en la psicologización y racionalización de la conducta y los afectos, fueron sustituidos por principios de des-identificación y deficiente contención de la agresividad. La distinción entre ‘vencedor’ y ‘vencido’ determina el propio curso de la vida cotidiana de posguerra representando la fractura social de mayor envergadura en la historia contemporánea de España.

Bibliografía

- BERNAL, A. M.: “Resignación de los campesinos andaluces: la resistencia pasiva durante el franquismo” en Sánchez, I., Ortiz, M. e Ruiz, D. (coord): *España franquista. Causa General y actitudes sociales durante la dictadura*. Cuenca: Ediciones Universidad de Castilla-La Mancha, 1993.
- CÁMARA VILLAR, G.: *Nacional-Catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*. Jaén: Hesperia, 1984.
- CUESTA BUSTILLO, J. (2007): “Las capas de la memoria. Contemporaneidad, sucesión y transmisión generacionales en España (1931-2006) [en línea], *Hispania Nova*, 7, (2007) <<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d009.pdf>> [Consulta 03/08/2007].
- DUNNING, E.: “Power and Authority in the Public School (1700-1850): A Case Study and Conceptual Discussion” en Gleichmann, P. R; Goudsblom, J. e Korte, H. (eds.): *Human Figurations: Essays for Norbert Elias*. Amsterdam: Stichting Amsterdams Sociologisch Tijdschrift, 1977.

- “The Figurational Dynamics of Racial Stratification: A Conceptual Discussion and Developmental Analysis of Black-White Relations in the United States” en Dunning, E. y Mennell, S. (eds.): *Norbert Elias*. (vol.2). Londres: Sage, 2003.
- ELIAS, N.: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid/Méjico: FCE, 1987.
- “Violence and Civilization. The State Monopoly of the Physical Violence and its infringement” en Keane, J. (ed.): *Civil Society and the State. New European Perspectives*. Londres/Nueva York: Verso, 1988.
- *The Established and the Outsiders*. Londres: Sage, 1994.
- “The Civilizing of Parents” en Goudsblom, J. y Mennell, S. (eds.): *The Norbert Elias Reader*. Oxford: Blackwell, 1997.
- “Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 104 (2003), 219-251
- FEBO, G.: “La Cruzada y la politización de los sagrado. Un Caudillo providencial” en Tusell, J., Gentile, E. y Febo, G.d. (eds.): *Fascismo y Franquismo cara a cara. Una perspectiva histórica*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004.
- GONZÁLEZ DURO, E.: *El miedo en la posguerra*. Madrid: Oberón, 2003.
- HUERTAS, R.: “Una nueva inquisición para un nuevo Estado” en Huertas, R. y Ortiz, C. (eds): *Ciencia y fascismo*. Madrid: Doce Calles, 1998.
- JIMÉNEZ LUCENA, I.: “Medicina social y discurso de la desigualdad en el primer franquismo” en Huertas, R. y Ortiz, C. (eds): *Ciencia y fascismo*. Madrid: Doce Calles, 1998.
- LLEIXÁ, J. “El Régimen Franquista” en Antón, J. y Caminal, M. (Coords.) : *Pensamiento político en la España contemporánea 1800-1950*. Barcelona, Teide, 1992.
- MIR, C.: “El sino de los vencidos. La represión franquista en la Cataluña rural de posguerra” en Casanova, J. (coord.): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*. Barcelona: Crítica, 2004.
- MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*. Madrid: Cátedra, 2005.
- ORTIZ HERAS, M. (2004): “Instrumentos legales del terror franquista”, *Historia del Presente*, 3, (2004); 203-220.
- “Memoria social de la Guerra Civil: la memoria de los vencidos, la memoria de la frustración”, *Historia Actual Online* [en línea] 10, (2006); 179-198. <http://www.historia-actual.com/hao/Volumes/Volume1/Issue10/esp/v1i10c16.pdf> [Consulta: 07/08/2008].

- RUIZ VARGAS, J. M. (2006): “Trauma y memoria de la Guerra Civil y de la dictadura franquista” [en línea], *Hispania Nova*, 6, (2006) <<http://hispanianova.rediris.es/6/dosier/6d012.pdf>> [Consulta 03/08/2007].
- SEVILLANO CALERO, F.: *Ecos de Papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.
- “Consenso y violencia en el nuevo Estado franquista: historia de las actitudes cotidianas”, *Historia Social*, 46 (2003); 159-171.
- SWANN, A.: “Widening circles of disidentification”, *Theory, Culture & Society*, 14(2), (1997), 105-122.
- “Dyscivilization, Mass Extermination and the State”, *Theory, Culture and Society*, 18(2-3), (2003), 265-276.
- VILLAROYA I FONT, J. y SOLÉ I SABATÉ, J. M.: “El castigo a los vencidos” en Tusell, J. (dir): *Vencedores y vencidos. Colección La Guerra Civil*. (nº 24). Madrid: Cambio 16, 1986.
- TREIBEL, A.: “The Changing Balance of Power between Men and Women: A figurational Study of the Public and the Private Spheres in Western Societies” en Salumets, T. (ed.): *Norbert Elias and Human Interdependencies*. Montreal: McGill-Queen’s University Press, 2001.
- TUÑÓN DE LARA, M.: “Dos cosmovisiones enfrentadas en la Guerra Civil” en Antón, J. y Caminal, M. (Coords.): *Pensamiento político en la España contemporánea 1800-1950*. Barcelona: Teide, 1992.
- WACQUANT, L.J.D.: “Decivilizing and demonizing: the remarking of the Black American ghetto” in Loyal, S.; Quilley, S. (eds.): *The sociology of Norbert Elias*. Nueva York: Cambridge University Press, 2004.